

también parte de ese círculo y que, de alguna manera, podría tener atributos parecidos» [107]. Esquizofrenia que se origina, pues, en la lucha que se entabla entre la parte racional y afectiva, y en la obsesión del personaje por aplicar criterios fijos y abstractos a la cambiante realidad. Esquizofrenia que en último análisis es la consecuencia de una falsa conciencia que resulta de la ruptura dialéctica del «yo» y el mundo.

El problema fundamental de Castel es que su «yo» no logra conciliarse consigo mismo, obstaculizando una identidad que no llega a realizarse, porque su «yo» nunca se convierte en «tú», ni el «tú» recíprocamente en «yo». En ocasiones llega a autodefinirse como «grotesco» [21, 27, 28, 30, 31, 58, 147], es decir, risible y ridículo. Este complejo es resultado de su inseguridad, inseguridad que proviene del desplazamiento de leyes espacio-temporales y que llega a traducirse en un complejo de persecución: «El doctor Prato tiene mucho talento y lo creía un verdadero amigo, hasta tal punto que sufrí un terrible desengaño cuando todos empezaron a perseguirme y él se unió a esa gentuza» [19].

Juan Pablo, consciente o inconscientemente, trata de encontrar su totalidad, su individuación, según Jung, integrando la parte inconsciente de la sique, que es anterior a la conciencia y con la que funciona simultáneamente. El activo mundo simbólico (inconsciente) de Juan Pablo es parte del proceso (exitoso o fallido) para integrar su personalidad con un todo, liberándose del dominio de los arquetipos familiares (madre/María) y sociales. Su fracaso se debe a no haber podido, o sabido, establecer una relación auténtica consigo mismo y con la realidad.

Entre los fantasmas del «yo» de Castel inseparables, como veremos, de los fantasmas de los otros, habría que analizar la importancia que tienen los factores del inconsciente, como medio de conocer las neurosis y psicosis del personaje. Esta parte oscura de la sique, a la que encontramos numerosas alusiones (7), se refiere tanto al inconsciente personal, como a los contenidos reprimidos del inconsciente colectivo. Y, aunque el encuentro con la «sombra» (personificación de la parte primitiva e instintiva del individuo, según Jung) constituye el primer paso hacia el reconocimiento o integración de la parte reprimida, Castel no llega a realizar intelectual y afectivamente la síntesis del plano consciente e inconsciente. El predominio del factor intelectual

---

(7) «Mi cabeza es un laberinto oscuro. A veces hay como relámpagos que iluminan algunos corredores» [41]; «vi a María que se acercaba, buscándome en la oscuridad» [66]; («y esto me lo aseguraba sordamente, con remota, satisfecha malevolencia el otro yo que ahora estaba hundido allá, en una especie de inmundicia cueva») [87]; sombríos pensamientos se movían en la oscuridad de mi cabeza, como en un sótano pantanoso» [115], etc.

tual coarta, de alguna manera, esta integración y la totalidad síquica no llega a efectuarse en Castel. Para reunir todas las posibilidades que encierra la sique, el hombre ha de asimilar, según la tesis de Jung, su ánima, esa personificación del inconsciente que se manifiesta en Castel en forma de madre devoradora y madre protectora simultáneamente a la que regresivamente vuelve (8).

La manifestación típica del mundo inconsciente se proyecta a los sueños, sueños que apuntan, tanto a las circunstancias personales como sociales del que sueña. Como sabemos los sueños son una forma de recuperar el pasado, partiendo de una experiencia presente. El primer sueño de Castel surge a raíz de un ataque de celos, después de enviar una desesperada carta a María. En el sueño visita una «vieja casa solitaria» [62] de su infancia, donde se encuentra «perdido en la oscuridad», rodeado de misteriosos enemigos. Y en esta misma casa renacen, con «temor y alegría», los amores de su adolescencia. El viaje a la infancia nos remite al aspecto regresivo del personaje que busca el origen de lo primigenio (madre) en la casa, lugar que se asocia con el elemento fernesino del universo:

El segundo sueño nos remite, no sólo al plano del inconsciente (cuarto, madre), sino a la presente enajenación de Castel. El dueño de esta extraña mansión manipula los sentimientos de Juan Pablo, transformándolo en un pájaro, mensajero del anhelo amoroso. Su metamorfosis resulta en una total separación del mundo, expuesto a ese prójimo que no nota su transformación. La conciencia de esta enajenación se convierte finalmente en terror: «Entonces comprendí que *nadie, nunca*, sabía que yo había sido transformado en pájaro» [92].

El tercer sueño aparece como pesadilla, añadiendo así un factor de angustia y terror. El sueño deja de ser protector y los impulsos reprimidos emergen a la superficie, al consciente. Esta pesadilla, que tiene lugar días antes de la muerte de María y durante una de las borracheras de Castel, tiene dos partes. En la primera Castel se ve caminando por los techos de una catedral, techo como parte superior o consciente, e iglesia que correspondería a la parte protectora del ser. Esta inversión simbólica nos remite nuevamente a la importancia que tiene la integración del plano consciente con el inconsciente. En la segunda parte de esta pesadilla la oscuridad, el terror del personaje («la oscuridad se había hecho infinitamente grande y que por más que corriera no podría alcanzar jamás sus límites», 121), nos revela el

---

(8) «Castel se ha entregado atado de pies y manos, como Saúl. Se ha desarmado para vivir una vida intrauterina, le ha pedido a María que lo conduzca por sus entrañas como a un ciego, como a un recién nacido», Luis Wainerman: *Sábado y el misterio de los ciegos*, Buenos Aires, Editorial Losada, S. A., 1970, p. 116.

miedo de Castel, quien no podrá unirse a María, esa «ánima» capaz de garantizarle su totalidad síquica.

El recuerdo de un sueño [129] supone una doble regresión a la «habitación sombría» [121] donde esquizofrénicamente Castel se contempla espíandose a sí mismo, y, en su complejo persecutorio, se ve también espiado por María y su amante Hunter.

Mientras aguarda en la estancia la salida de María, Castel imagina un sueño en el pasado con María [144]. Desde el presente se retrotrae al pasado para asimilar esa fuerza inconsciente o del instinto («la veía correr desenfrenadamente en su caballo», 144), mientras que Juan Pablo se imagina a sí mismo en un pasado contemplando un paisaje por la ventana, «mirando la nieve con ojos también alucinados» [144]. Es decir, proyectado hacia algo, tratando de tomar conciencia de sus actos e imaginando en este pasado lo que podría haber sido, para así poder explicarse el presente, recuperando el inconsciente reprimido.

La relación de Castel con María se establece a través del cuadro «Maternidad», y por medio de la mirada (imaginación) fundan ambos su primera correspondencia. El cuadro permite al contemplador entrar en el inconsciente del artista, ya que Castel compuso su obra como en un sueño [44]. Pero igualmente es a partir de la mirada atenta de María sobre el cuadro, cuando Castel empieza a tratar de incorporar a su consciente las zonas del inconsciente que había proyectado sobre su lienzo. Por otro lado, la mirada de Castel hacia María [15] hace que el primero se objetive en el «otro», adquiriendo así una vivencia temporal, haciéndole abandonar, temporalmente, su actitud solipsista y arrojándolo al presente.

El motivo del cuadro metaforiza la problemática de los personajes, ya que Juan Pablo ha pintado el «desamparo» y la «soledad». Pero Castel, con su pintura, está exponiendo su personalidad en forma de vulnerabilidad respecto a María. El artista también parece haber proyectado su «ánima» en la mujer solitaria y expectante del lienzo que juega con el niño («gran mujer en primer plano que jugaba con el niño», 14); mujer que podría considerarse como madre devoradora-protectora. Esta función materna la asimila Castel a María: «ella lo acaricia como madre» [115]; «entregado a ella como una criatura» [74]; «a veces se siente como un niño asustado» [70], etc. Maternidad íntimamente relacionada con el problema de la identidad de Castel, pues, por un lado, se siente atraído por este símbolo de lo más permanente e intrahistórico, y, por otro, esta atracción obstaculiza su independencia síquica y de aquí su miedo a tomar decisiones. Esa «mujer que miraba el mar» [14] se asocia con la necesidad de lograr la integridad síquica, asimilando el inconsciente, motivo rela-